

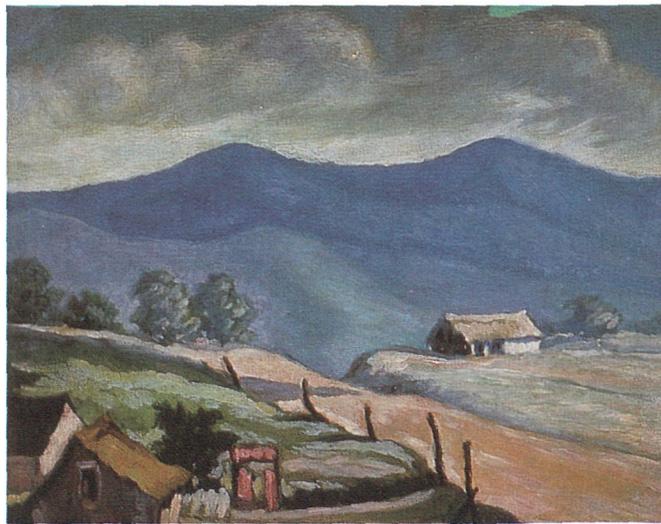
REVISTA

Artistas españoles en el exilio



MARÍA LLUÏSA BORRÀS

Mientras los jóvenes quedaban en España huérfanos de modelos, con sus mayores, artistas e intelectuales, en el exilio, y se debatían en la mediocridad cultural de un país desmantelado por la derrota, América Latina recibía de los exiliados savia nueva, un magnífico legado de arte y de cultura. En noviembre de 1939 casi cuatro mil españoles arribaban a la República Dominicana sin ser plenamente conscientes de que huían de una dictadura presentida para exiliarse en otra ya instalada. Rafael Trujillo los acogía por dos motivos, inconfesable uno (pretender con ello lavar el estigma de haber ordenado dos años antes la matanza de unos cinco mil haitianos en un intento de blanquear la raza). Y declarado el otro (la necesidad de braceros con que repoblar el campo). Quién sabe si consiguiera el pri-



Yoryi Morel. *Sin título*, 1948. Óleo sobre madera, 48 x 60 cm. Cortesía Centro Cultural Hispánico. ICI. Santo Domingo.

mer objetivo, pero el segundo desde luego que no. Al año de haber llegado tres mil quinientos españoles, apenas permanecían en la República Dominicana unos trescientos y además todos ellos trabajando, no en el campo, sino en el mundo de la cultura.

De los artistas, ninguno era una figura consagrada sino jóvenes que justo habían dado los primeros pasos de su carrera. Pero a pesar de ello supusieron un revulsivo,

un catalizador de elementos plásticos ya existentes que, actuando a modo de animadores culturales, dieron peso específico al sector, contribuyendo de modo definitivo a crear una somera infraestructura cultural y artística. A ellos rinde homenaje ahora en Santo Domingo una excelente exposición, iniciativa de Ana Tomé, Directora del Centro Cultural His-



Yoryi Morel. *Paisaje*, 1934. Óleo sobre cartón piedra, 38 x 53 cm. Cortesía Centro Cultural Hispánico. ICI. Santo Domingo.

pánico –ICI (Instituto de Cooperación Internacional)– cuyo temple, energía, entrega y conocimiento de causa han hecho de ella, en poco tiempo, uno de los más firmes puntales del Santo Domingo cultural.

Nadie duda de que, hacia 1939, a la llegada de los refugiados políticos españoles, si el país no estaba falto de talentos ni de artistas de valía, sí lo estaba de cohesión entre ellos. Los fundadores de la pintura moderna dominicana entonces en activo (Celeste Woss, Yoryi Morel, Jaime Colson o Darío Suro) habían tenido ya el acierto y la osadía de abandonar la consabida pintura de academia para reflejar su entorno en un arte que representaba lo criollo, las costumbres y los tipos humanos dominicanos con el color real a la luz cegadora.

Cuatro artistas representan en la exposición lo más destacado del panorama artístico que los artistas exiliados hallaron a la llegada. No mantenían lazos entre sí ni se veían asistidos por la mínima infraestruc-

tura. **Celeste Woss** (1891-1985), después de haber cursado estudios en la prestigiosa Academia de Bellas Artes de Santiago de los Caballeros y en la Art Student League de Nueva York, se recluyó en su taller de Santo Domingo pintando el país y sus gentes, teniendo apenas contacto con el exterior a través de los alumnos de su propia prestigiosa Academia, en la que se formaron las nuevas generaciones de pintores.

Yoryi Morel (1906-1975) era un autodidacta de Santiago de los Caballeros, donde nació y pasó la vida pintando inspiradas panorámicas de apretados caseríos con cordilleras al fondo así como escenas campesinas llenas de gracejo y color.

Jaime Colson (1901-1975), considerado el padre de la pintura moderna dominicana, fue un inquieto viajero que no regresaría al país hasta 1950, después de haber llegado los españoles.

Y finalmente **Darío Suro** (n. 1918), el más joven, empeñado en



Gilberto Hernández Ortega. *Tres mujeres*, 1946. Óleo sobre tela, 61 x 50 cm. Cortesía Centro Cultural Hispánico. ICI. Santo Domingo.

fundir las culturas primitivas con la modernidad en un sincretismo propio tremendamente expresivo. Fue además la voz discrepante, mostrándose reticente sobre la aportación de los españoles, escribiendo en su libro *Arte dominicano* que los artistas extranjeros ni crearon el arte dominicano, ni su arte puede considerarse como dominicano.

Lo cierto es que los españoles abrieron centros de enseñanza como el Instituto Colón (1939) o el Instituto Escuela (1941), que fueron profesores de la Escuela Nacional de Bellas Artes, cuyo primer Director fue Manolo Pascual, quien, junto a José Gausachs, José Zanetti y Eugenio Granell, establecieron las bases de un magisterio libre y eficaz, tanto de la pintura, como de la pintura mural o de la escultura dominicanas modernas.

La exposición recoge obra de un bilbaíno (**Manolo Pascual**), un burgalés (**José Vela Zanetti**), cuatro catalanes (**Shum**, **José** y **Francisco Gausachs** y **Antonio Prats Ventos**) y un gallego (**Eugenio Granell**). Eugenio Granell (La Coruña 1912) y Vela Zanetti (Burgos 1913) regresaron a España, donde han seguido trabajando y exponiendo con éxito. Es sin embargo gratificador comprobar cuáles fueron sus inicios en el país que les acogió, la actividad que desarrollaron en él, en verdad tre-

pidante. Granell participó muy directamente en la fundación de la revista *La Poesía Suspendida* e intervino decisivamente en la magna Exposición Inaugural de la Galería Nacional de Bellas Artes, así como en la fundación del periódico *La Nación*, del que fue su editor. Vela Zanetti, además de haber jugado un papel activo en la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1942, ornó la capital dominicana de bellos frescos y murales (Biblioteca Nacional, Palacio de Justicia o Banco Nacional) que son hoy su orgullo.

En cuanto a Manolo Pascual (Bilbao 1902-Nueva York 1983), que fue el primer director de la Escuela Nacional de Bellas Artes fundada en 1942, como queda dicho, pasó en 1951 a Nueva York como profesor de la prestigiosa New School of Social Research, que acogió a tantos hombres ilustres forzados al exilio.

De los cuatro catalanes dos fallecieron, en 1967 Alfonso Vila (*Shum*) y en 1959 José Gausachs. *Shum*, un anarquista nacido en Lérida en 1897, que tras varios años de cárcel fue indultado en 1924, era un



José Vela Zanetti. *Sin título*, 1953 ó 1956. Óleo sobre cartón piedra, 121 x 83 cm. Cortesía Centro Cultural Hispánico. ICI. Santo Domingo.



Clara Ledesma. *Sin título*, 1960. Óleo sobre tela, 131 x 182 cm. Cortesía Centro Cultural Hispánico. ICI. Santo Domingo.

caricaturista genial; llegó con mujer y dos hijos a Santo Domingo y fue enviado a La Vega como agricultor; al cabo de poco ya estaba en México, donde acabó sus días.

José Gausachs (Barcelona 1889-Santo Domingo 1959) fue un pintor más que notable, muy estimado y de acusada personalidad. Sus paisajes, que buscan más el clima que la descripción, nada tienen de convencional, como se comprueba en los extensos fondos de la colección Bellapart, en su mayoría pinturas extraordinarias.

Los dos otros catalanes —miembros ilustres de la actual comunidad artística dominicana que han sido los auténticos protagonistas del certamen, participando, en una emotiva mesa redonda y aportando observaciones y recuerdos— son Francisco Gausachs (Barcelona 1924), hijo del mencionado José Gausachs y uno de los primeros alumnos de la entonces recién fundada Escuela Nacional de Bellas Artes, es ahora profesor de la Universidad Pedro Henríquez. Y el escultor Antonio Prats Ventos (Barcelona 1925), que llegó a los 15 años con su familia

como refugiado político, alternando la escultura con la docencia (de 1950 a 1968 fue profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes para pasar luego a la Universidad Pedro Henríquez, de cuyo Departamento de Artes Plásticas es en la actualidad director). Ambos reconocieron abiertamente (en una mesa redonda) la deuda que tienen con su país de adopción. Prats Ventos, escultor con un dominio extraordinario del material (piedra, metal o madera), es toda una institución en la República Dominicana; sus esculturas se ven en diversas instituciones públicas, goza de enorme fama y ha formado una legión de artistas.

Si los españoles aportaron al país que les acogía la plástica en vigencia en Europa y contribuyeron de algún modo a la modernidad, el trópico les brindó su exotismo y su exuberancia. Del mestizaje había de surgir una obra ni dominicana ni española, una obra tremendamente caribeña, de rotundas formas y vivo color que hoy entronca sorprendentemente con el arte lleno de vida, actual y posmoderno, de los más jóvenes.